

DAESH: UNA LARGA DÉCADA DE ALIENACIÓN SUNNÍ EN IRAQ Y ORIENTE MEDIO

Myriam Benraad

¿Podemos todavía confiar en detener la expansión del Estado Islámico por Oriente Medio y el mundo árabe y musulmán en general? Esta incómoda pregunta lleva meses flotando en la mente de todo el mundo. Y lo cierto es que, mientras que la coalición internacional liderada por los Estados Unidos proclamaba hasta hace poco haber infligido significativos reveses al grupo yihadista, la primera amenaza terrorista mundial del momento, en mayo de 2015 sus combatientes tomaban las ciudades de Ramadi en Iraq y de Palmira en Siria. El DAESH,¹ hoy en día, controla un 40% del territorio iraquí (las provincias de al-Anbar, Nínive y Saladin) y alrededor de un 50% de Siria (Deir ez-Zor, al-Raqqqa, al-Hasakah, Alepo y Hama). Además de espectaculares victorias, los miembros del Estado Islámico han mostrado una determinación absoluta por completar su «califato» tanto regional como mundial. Las capitales occidentales, por su parte, se ven superadas por este inexorable avance y profundamente confundidas en cuanto a los medios necesarios para luchar contra este fenómeno. Sopesar las limitaciones de la estrategia implementada hasta el momento nos daría una mejor comprensión sobre la naturaleza del enemigo, que está lejos de ser obvia a pesar de la abundancia de información disponible desde el inicio de la crisis. Más allá de sus múltiples y despreciables atrocidades, el Estado Islámico sigue siendo una entidad altamente política, ideológica e, incluso, sociocultural cuyas raíces pueden rastrearse hasta el contexto del conflicto emanado de la guerra de Iraq en 2003.

El grupo ha logrado trascender con una velocidad impresionante su base original para exportarse fuera de sus fronteras. La aparición del DAESH también ha desencadenado una secuencia de inestabilidad sin precedentes en la región, en la que la trayectoria enfrentada de los sunnís árabes contra el incontenible auge de las fuerzas chiíes y de Irán todavía está por dar su resultado final. En Iraq, los sunnís árabes han sido relegados a un segundo plano en una transición política ampliamente criticada por los iraquíes. En su desesperado intento por evitar ese destino, acabaron finalmente por introducir al Estado Islámico como un instrumento de venganza colectiva. Los yihadistas han puesto en primer plano de su enfrentamiento armado no solo la lucha contra los Estados Unidos, a los que han atraído de nuevo deliberadamente a suelo iraquí, sino también la lucha contra los chiíes e Irán, por considerarlos «no creyentes» y responsabilizarlos del estado de parias al que se han visto reducidos los sunnís árabes. Los poderes de la región, a su vez, están divididos ante este «Frankenstein» al que en alguna ocasión han ayudado directamente a crear y que ahora les está ganando terreno. Porque el DAESH también es el monstruoso engendro de las guerras que han luchado los Estados vecinos de Iraq y Siria durante varios años, un hijo que ha unido a descontentos, marginados y desposeídos de todo tipo.

1 Siglas en árabe de al-Dawla al-Islamiyya fi al-Iraq wa al-Sham ('Estado Islámico de Iraq y Levante'), utilizadas en el dialecto iraquí del Levante durante varios años y que, hoy en día, son el término más común para referirse a este grupo en Occidente.

Es imposible concebir una salida razonable a la crisis sin un análisis detallado y documentado del fenómeno que se desarrolla delante de nuestros propios ojos, de su complejidad y de la enmarañada red de responsabilidades, connivencias y cálculos que abarca. Si la respuesta ha de ser necesariamente global, dependerá sobre todo de la normalización, o al menos de la evolución, de la situación de los sunnís árabes en Iraq y en otros países de Oriente Medio.

Profundo resentimiento sunní árabe

Desde 2003, la cuestión de la participación árabe sunní no ha dejado de envenenar la transición iraquí. La decisión del administrador civil de los Estados Unidos Paul Bremer de dismantelar sin más el ejército iraquí y de disolver el Partido Baaz al inicio de la ocupación provocó que muchos sunnís árabes se vieran excluidos de la vida política y de las instituciones iraquíes sin ninguna esperanza de revertir la situación. En 2015, los efectos de esta estigmatización y marginación eran ya insuperables. En cualquier caso, Washington consideró que, para garantizar un genuino cambio político en Bagdad, era necesario transferir el poder de esta «minoría dominante» (entre el 20% y el 30% de la población) a la «mayoría dominada» chií y kurda. La «desbaazificación», copiada básicamente de la desnazificación de Alemania en 1945, fue un símbolo de este deseo de construir un orden completamente nuevo, pero fue interpretada por aquellos a quienes iba dirigida como una «desunnificación» de Iraq. Estas medidas, que rebajaron a los sunnís árabes a un estatus inferior, junto a unas operaciones militares de una intensidad poco habitual en todas las regiones sunnís árabes (incluidas aquellas que no estaban directamente relacionadas con el Partido Baaz) sentaron las bases del desastre definitivo conocido como el DAESH.

Diez años antes de que los yihadistas atacaran Mosul, la segunda ciudad más grande de Iraq conocida por su conservadurismo religioso, las dos batallas de Faluya, el santuario occidental de la insurgencia, ya provocaron un masivo boicot electoral de los sunnís árabes. En aquel entonces, se veía cualquier participación como legitimadora no solo de la ocupación extranjera, sino también de sus socios, a los que se tachaba de «colaboradores». En enero de 2005, las primeras elecciones quedaron marcadas, por lo tanto, por una amplia abstención al voto entre los sunnís árabes, debido tanto a la indignación como a la presión de insurgentes curtidados. Los islamistas chiíes y los nacionalistas kurdos salieron victoriosos de este crucial episodio político, mientras que los sunnís árabes reafirmaron su aislamiento.

La redacción de una nueva Constitución en el verano de 2005 no hizo sino acentuar esta tendencia hasta el punto de que se llegó a culpar a los sunnís árabes, que estaban infrarrepresentados, de la mayoría de los crímenes atribuidos al anterior déspota. En octubre de ese mismo año, dos tercios de las regiones de al-Anbar y Saladino rechazaron el texto, al tiempo que los combatientes sunnís árabes (nacionalistas, islamistas o nostálgicos del antiguo orden autoritario) comenzaron a radicalizarse y a acercarse a las esferas salafíes. Al mismo tiempo, Al-Qaeda en Iraq hizo de la lucha contra los Estados Unidos y los «apóstatas» chiíes su objetivo prioritario. La sectarización culminó con los enfrentamientos de 2006 en

confrontaciones que implicaban a insurgentes sunníes y milicias chiíes en Bagdad, un símbolo de la antigua gloria del islam que los yihadistas desean restaurar a toda costa, incluso mediante el uso de la violencia más extrema y abyecta.

Después del estallido de violencia, los años 2007 y 2008 se caracterizaron por un intervalo relativamente breve de esperanza para los sunníes árabes con el surgimiento del «Despertar» (Sahwa) tribal, en el que muchos *shejhs* sunníes cooperaron con las tropas de los Estados Unidos. Sin embargo, los sunníes árabes continuaron relegados al margen de un sistema político completamente basado en el predominio chií, al tiempo que los kurdos reforzaban su autonomía en el norte. Una vez «transferido» el gobierno iraquí, las tribus sunníes árabes que se habían alzado contra el Estado Islámico de Iraq (proclamado por primera vez en su forma inicial en el otoño de 2006) fueron acosadas por Bagdad, que ni deseaba integrarlas en el aparato militar ni estaba dispuesta a conceder ninguna representación política a sus líderes. En ese momento, ya no había ningún obstáculo para que los antiguos baazistas y salafíes se presentaran como los únicos representantes de los sunníes árabes, los garantes de su futuro en Iraq y en Oriente Medio, «asediados» como estaban por las interferencias «heréticas». Entre los autoproclamados protectores de las poblaciones sunníes árabes se encontraba el Estado Islámico, que, a pesar de estar debilitado por la resistencia tribal y la contrainsurgencia estadounidense, no había dicho su última palabra.

A principios de 2010, en la víspera de las simbólicas elecciones (las últimas celebradas bajo la ocupación), los sunníes árabes querían creer de nuevo que era posible un regreso a Bagdad y confiaron en el candidato chií seglar Iyad Alawi, líder de la plataforma multicomunitaria Movimiento Nacional Iraquí (Iraqiyya), para expresar sus múltiples quejas. Su confianza, sin embargo, se esfumó cuando, después de meses de negociaciones sin frutos y en dique seco, el primer ministro chií Nuri al-Maliki, elegido en 2006, se negó a reconocer la victoria de su oponente, dio prácticamente un golpe de Estado y concentró todos los poderes, al tiempo que reactivaba la desbaazificación. A partir de entonces, todos sus rivales se convirtieron en «baazistas» y «terroristas». Para los sunníes árabes, esto fue la gota que colmó el vaso de una terrible humillación: habían ganado en las urnas una victoria perfectamente legítima, pero esta les era arrebatada.

Iraqiyya no sobrevivió a este desprecio y cayó en declive, hasta que se desintegró al poco tiempo bajo el peso de las maniobras políticas de al-Maliki y de aquellos de sus aliados, ansiosos por frustrar el resurgimiento potencialmente peligroso de un electorado sunní árabe en Iraq. Alawi, por su parte, dejó tras de sí a una población desengañada por las políticas discriminatorias y represivas del gobierno y ansiosa por desafiar a al-Maliki con todos los medios posibles.

De las protestas al yihad armado

La campaña antisunní de Bagdad llegó a su apogeo en diciembre de 2011, cuando el Tribunal Supremo emitió una orden de arresto contra el vice primer ministro Tariq al-Hashimi, miembro y líder de los Hermanos Musulmanes de Iraq. Acusado de actividades terroristas se exilió, primero, al Kurdistán y, pos-

teriormente, a Turquía. Todas las provincias sunníes árabes fueron puestas bajo vigilancia, al tiempo que al-Maliki reducía el ámbito de sus prerrogativas utilizando el ejército, la policía y las fuerzas de seguridad. Los proyectos económicos se retrasaron de forma intencionada en esos territorios. Una vez más los sunníes árabes fueron incapaces de organizar una oposición viable, lo que permitió a al-Maliki actuar a su antojo. En diciembre de 2012, sin embargo, los guardaespaldas del ministro sunní árabe de Finanzas Rafi al-Issawi, originario de al-Anbar, fueron arrestados. Esto supuso un punto de inflexión que provocó un enorme movimiento de protesta entre los sunníes árabes.

Pacífico en un inicio, el movimiento pedía tanto una reforma de la desbaazificación, que se había dirigido de forma implacable sobre poblaciones civiles, como una presencia menos abrumadora de Bagdad en los asuntos provinciales. Aunque había quien esperaba un diálogo con al-Maliki, los sunníes árabes ya tenían en mente una secesión territorial y política sobre la base de su identidad, ya que no creían en la reconciliación o en sus propios representantes políticos. Fueron más bien los líderes locales, tribales y religiosos (como el imán Abd al-Malik al-Saadi, cuyas fetuas fueron seguidas durante algún tiempo) los que intentaron mediar. No obstante, en abril de 2013, al-Maliki envió a las fuerzas de seguridad iraquíes a aplastar un campamento de protestantes en Hawija, en la provincia de Kirkuk. Con este uso indiscriminado de la fuerza, firmaba la sentencia de muerte de cualquier negociación seria con los sunníes árabes. A mediados de 2013, el movimiento de protesta se fue convirtiendo en una nueva insurgencia.

Una militarización así obviamente ayudó al surgimiento de formaciones más radicales que hacían llamamientos a la revuelta armada, algunas salafíes-yihadistas, otras neobaazistas, como el Ejército de los Hombres de la Orden de Naqshbandi (Jaysh Rijal al-Tariqa an-Naqshbandiyya), creado en 2006 tras el ahorcamiento de Saddam Husein y liderado por su antigua mano derecha Izzat Ibrahim al-Douri.

Algunos yihadistas y baazistas se unieron al DAESH, activo en el norte de Iraq y en Siria, en los inicios, lo que no significaba de hecho que toda la comunidad sunní árabe apoyara la ideología del grupo y sus métodos ultraviolentos. Las poblaciones habían rechazado ampliamente el primer Estado Islámico de Iraq en 2006, pero el estallido del descontento entre los sunníes árabes en 2013 ofreció a los yihadistas una nueva oportunidad para hacerse más populares y expandir su influencia. A finales de año, los ingredientes para un alzamiento sunní árabe en masa estaban ya sobre la mesa y la guerra abierta en Siria permitía a la vanguardia iraquí del Estado Islámico exportar su proyecto más allá de las fronteras y capitalizar un resentimiento sunní árabe parecido en este país. Un ímpetu transnacional de solidaridad etnosectaria tomó forma contra los dos regímenes, el de Bagdad y el de Damasco.

El DAESH es, por lo tanto, no solo un grupo terrorista, sino también es el resultado directo de la descomposición avanzada de Iraq y, en menor grado, del conflicto en el país vecino, Siria. La cuestión sunní árabe en Iraq se ha mantenido abierta durante más de una década y ha terminado empujando a los sunníes árabes a los brazos del actor más brutal del escenario, en este caso un actor que les ha prometido un cambio en su situación y la satisfacción de todas sus peticio-

nes. El DAESH no es, como se ha dicho y escrito muy a menudo, el resultado de la guerra en Siria, es en Iraq donde el grupo aparece históricamente y también es en Iraq donde se forma su heterogénea élite: antiguos salafíes, antiguos baazistas resentidos, oficiales y paramilitares, todos ellos convergiendo hacia un proyecto, el autoproclamado «califato», marcado con el sello de una venganza sunní árabe inmediata y eterna.

Verdadero anclaje popular

Las limitaciones de las operaciones de la coalición dirigidas contra el DAESH desde 2014 tienen mucho que ver con su fuerte anclaje popular, lo que llevó a la caída de Faluya, Mosul y de muchas otras ciudades. En muchos casos, se llegó a un acuerdo anterior entre las tribus, las personas eminentes y los yihadistas para «liberar» territorios frente a lo que se percibía como una «ocupación» del ejército iraquí, que siguió a la del ejército estadounidense. En Siria, los líderes del Estado Islámico fueron capaces de convencer a las poblaciones sunníes árabes en las provincias fronterizas de la idoneidad de su plan, sobre todo gracias a que el régimen sirio de Bashar al-Asad intensificó su represión y las filas de la oposición se desmoronaban. Muchas facciones armadas tendían, bien a ponerse del lado del DAESH en pos de una victoria táctica contra el régimen, sus aliados e Irán, bien a continuar luchando en otras tierras todavía sin conquistar.

El resultado fue que, cuando el Estado Islámico lanzó su conquista, estaba en terreno amigo. El primer factor para su éxito fue un descontento sin precedentes entre los sunníes árabes (en el caso de Iraq, además con los centros de poder implicados en el sufrimiento de una época en la que una facción de los sunníes árabes controlaba el aparato estatal) y la sensación de que el chiismo tan solo quería borrar a los sunníes del mapa. Desde este punto de vista el DAESH, a pesar de ser abiertamente bárbaro, fue visto como el instrumento para retomar el poder y «resunnificar» Iraq. Esta evolución contrasta con el discurso nacionalista que han abrazado tradicionalmente los sunníes árabes. El Estado Islámico se aprovechó con inteligencia del resentimiento en las regiones en las que penetraba para recabar apoyo popular (o al menos una actitud pasiva de parte de la población), al tiempo que ofrecía al principio perdón a las tribus que se habían aliado antiguamente con los Estados Unidos y las autoridades iraquíes.

Una vez creado, el Estado Islámico se propuso ganarse los corazones y las mentes replicando una estrategia utilizada por muchos otros grupos islamistas: restablecer la seguridad, la justicia y los servicios básicos (electricidad, agua potable y canalizaciones), crear trabajos y luchar contra la corrupción. La búsqueda de seguridad y justicia era especialmente fuerte entre los sunníes árabes, reprimidos y virtualmente desprovistos de su ciudadanía por el poder central. En 2013, justo antes del ataque final, el 60% de los sunníes árabes en Iraq había perdido la confianza en el sistema judicial existente, mientras que el 80% de los habitantes de Mosul no se sentía seguro frente a un ejército que había multiplicado los puntos de control, extorsionaba a los habitantes locales y provocaba el desabastecimiento. Los sunníes árabes también temían que milicias chiíes fueran a sus barrios, incluidas

las Fuerzas de Movilización Popular al-Hashd al-Shaabi, que tenían entre 60.000 y 120.000 hombres y el apoyo de Bagdad y Teherán. En este entorno, la mayoría de sunnís árabes veía al DAESH ante todo como el remedio a todos los males.

Por otro lado, la adhesión al llamado «califato» ha variado sustancialmente de una región a otra y disminuye a medida que los abusos cometidos por los yihadistas se van extendiendo. Un número de sunnís árabes, entre los que hay fuerzas insurgentes como el Ejército Islámico en Iraq, que repetidamente ha rechazado jurar alianza al emir del Estado Islámico Abu Bakr al-Baghdadi, nunca se ha identificado con el punto de vista rígido y casi totalitario del sunnismo que defiende el grupo y ha sufrido, por lo tanto, los embates de su violencia. Muchos relatos muestran que no todos los sunnís árabes están de acuerdo con el proyecto yihadista y se han opuesto a la unificación de la autoridad política y religiosa en una única entidad; su sumisión al DAESH es, en la mayoría de los casos, puramente circunstancial y con el objetivo de salvarse de la muerte. De igual manera, la estrategia de seguridad y desarrollo puesta en marcha por los yihadistas se ha encontrado con ciertos obstáculos. Además de sus exacciones y su régimen del terror (que, en la práctica, muy poca gente apoya dentro de las regiones que controlan), los yihadistas tampoco mantuvieron la mayoría de sus promesas. Resumiendo, los sunnís árabes están muy divididos tanto en la noción de lo que significaría un califato como un posterior «Estado Islámico». Es una realidad que no es extraña a la esencia y las tradiciones del sunnismo en sí, donde el concepto de *autoridad* siempre ha sido fragmentario, al contrario que en el chiismo, donde es más centralizado.

Por otro lado, una parte significativa de los sunnís continúa apoyando al Estado Islámico por razones que van desde la pertenencia ideológica y política hasta la falta de alternativas creíbles; la mayor parte de los políticos sunnís árabes ha perdido toda legitimidad debido a su pasado alineamiento con el gobierno, especialmente durante las protestas de 2012-2013, o al contrario por su incapacidad de proteger a sus conciudadanos del terremoto yihadista. Por lo tanto, sugerir una mayor «inclusión» de los sunnís árabes en el proceso político en marcha es ilusorio en muchos aspectos, más aún cuando tan solo una fracción de los sunnís árabes se plantea volver a la política nacional. Por otro lado, un número cada vez mayor de sunnís árabes rechaza el Estado Islámico y hace un llamamiento para que se arme a los hombres y tribus que estén dispuestos a expulsar al DAESH. Muchos sienten que el ejército iraquí, que se desmoronó en Mosul y Ramadi, y las fuerzas de seguridad no solo son incapaces de derrotar al DAESH, sino que no sería deseable su despliegue en las regiones que mantienen los yihadistas visto su historial previo. La pega de la contramovilización es, sin embargo, la autonomía regional para estos actores, inspirados por el modelo kurdo, al que Bagdad, hasta el momento, siempre se ha opuesto.

Cada vez menos opciones estratégicas

En un escenario ideal, aunque desgraciadamente ficticio, la derrota del Estado Islámico significaría la revocación total de las condiciones que alimentaron inicialmente su surgimiento y que explican por qué en 2015 sigue habiendo todavía

tan poca resistencia a su avance. Aquí se debería mencionar el devastador desmantelamiento del ejército iraquí en 2003, que no ha sido reconstruido desde entonces y que está plagado de escándalos, la desbaazificación y las leyes antiterroristas que se dirigieron principal y casi únicamente a los sunníes árabes, con miles de arrestos que han proporcionado un fértil campo de cultivo para la «salafización» de los presos de las bases estadounidenses y de las prisiones iraquíes y sirias. Sin embargo, vista la dramática sectarización de las sociedades, es muy poco probable una futura reconciliación nacional en Iraq y Siria. Desde el inicio de su ofensiva, el DAESH también se ha dedicado a la destrucción de todos los símbolos que siguen uniendo a estas frágiles naciones: museos como el de Mosul, saqueado por los yihadistas, yacimientos arqueológicos y ciudades antiguas (Nimrud, Hatra y Palmira).

Desde el inicio de la crisis, tres grandes fuerzas han estado sobre el terreno y siguen manteniendo relativas posiciones de fuerza: los kurdos, los primeros que se movilizaron contra el DAESH tanto en Iraq como en Siria con apoyo aéreo y humanitario de los Estados Unidos y de países europeos; las milicias chiíes, que recuperaron algunos territorios, pero cuya participación en la batalla es controvertida, ya que alimenta en gran medida el discurso, la resiliencia y la reubicación del Estado Islámico; Irán, que aunque desafiado como poder regional ganó la guerra de Iraq de 2003 y está dispuesto a ganar esta nueva confrontación implicándose directamente a las órdenes del general Qasem Soleimani, al mando de la división de los Guardianes de la Revolución Islámica, responsables de las operaciones militares y clandestinas en el extranjero. En toda esta ecuación, falta de forma irreparable una variable: los sunníes árabes, que han vivido durante meses bajo el yugo del Estado Islámico y se ven obligados a ser parte de la campaña militar. Sin un reajuste de fuerzas como este no se podrá reiniciar realmente un proceso político en Iraq y, por extensión, en Siria.

Surgen, por lo tanto, varias preguntas: ¿cómo liberar a los sunníes árabes del control del DAESH induciéndoles a convertirse en los actores principales de su derrota? ¿Quiénes son los actores que son más propensos a movilizarse con efectivos suficientes como para enfrentarse a este reto sin precedentes? ¿Cuáles deberían ser los términos y garantías de esta movilización? Y más importante aún, ¿es posible invertir la dinámica de la secesión sunní más allá de la lucha contra los yihadistas? Es evidente que los sunníes árabes no irán a la lucha si cualquier «después» implica volver al anterior *statu quo*, que era inaceptable para ellos.

A finales de 2014, los Estados Unidos iniciaron una ronda de conversaciones con las tribus sunníes árabes iraquíes para que cooperaran otra vez con Washington y Bagdad. La idea era reunir, en un año, una nueva fuerza tribal inspirada por la Sahwa y capaz de luchar de forma efectiva contra el Estado Islámico. El general retirado John Allen, antiguo subcomandante de las fuerzas de los Estados Unidos en al-Anbar que fue nombrado enviado presidencial especial para una coalición contra el DAESH, tenía como objetivo presionar a sus contactos cercanos en las tribus con el fin de iniciar una «Sahwa 2.0» y convertirla en el pilar de su estrategia. Esta vez las tribus se movilizarían dentro de un marco institucional, a saber, una guardia nacional acompañada de asesores militares estadounidenses y de

fuerzas especiales, y cooperarían con el ejército, con los *peshmergas* kurdos, así como con otros grupos de autodefensa.

Más allá de las promesas, esta política apenas se ha materializado. En primer lugar, la Sahwa dejó un legado más negro de lo que podría parecer a primera vista, confirmado por las rivalidades entre los *sheijs* sunníes, las sospechas de corrupción y la dependencia financiera sobre los gobiernos de los Estados Unidos e Iraq. En segundo lugar, las tribus han quedado divididas entre el apoyo a los yihadistas y su más absoluto rechazo, algunos *sheijs* han llegado a «perder» a todos los miembros de su clan por el camino. Esta dinámica hace que la creación de una fuerza cohesionada sea un proceso extremadamente complejo. El DAESH también se ha adelantado a la amenaza y ha asesinado a cientos de miembros de las tribus que habían declarado estar dispuestos a alzarse contra ellos. Se esperaba mucho del nuevo gabinete iraquí liderado por Haider al-Abadi, elegido para normalizar las relaciones con los sunníes y, supuestamente, para proporcionar armas a las provincias sunníes. Sin embargo, estas no han recibido material militar serio por parte de Bagdad y, a menudo, tuvieron que comprarse ellas mismas las armas en el mercado negro. El Estado Islámico ha desintegrado literalmente tribus enteras, reduciendo todavía más la influencia tribal sunní en Iraq. La brecha entre los sunníes árabes en la oposición y el gobierno puede que se haya hecho insuperable. Muchos ven la ascensión al poder de al-Abadi como una simple perturbación del legado de su predecesor, Nuri al-Maliki, quien no armó a las tribus a pesar de sus promesas. Y muchos han denunciado la «militarización» del aparato del Estado, cuyos líderes, en su mayor parte chiíes, han rechazado desde 2011 conceder autonomía regional a las poblaciones sunníes árabes.

La falta de comunicación entre Bagdad y las provincias complica aún más la situación e incita a los regímenes vecinos sunníes a multiplicar sus intromisiones para contrarrestar el crecimiento del chiismo y la influencia iraní. Entre la sucesión y la intervención contra los rebeldes Houthi en Yemen para reafirmar su primacía, Arabia Saudí ha proporcionado apoyo continuado a los sunníes árabes en Iraq desde 2003, sobre todo a nivel financiero. Debido a las amenazas del DAESH (donde militan varios miles de combatientes saudíes), el reino se ha dirigido recientemente a las confederaciones tribales sunníes (como la de Shammar, relacionada con la familia gobernante y que está presente tanto en Iraq como en Siria) para movilizarles contra el Estado Islámico. Jordania ha seguido una política similar y bombardeó al-Raqqa en abril de 2015, el baluarte del Estado Islámico en Siria, en respuesta al asesinato del piloto jordano Mouath al-Kassasbeh. En cuanto a Turquía y Qatar, estos países formalmente apoyan a la oposición armada sunní árabe que no está relacionada con el DAESH, pero es en su mayoría yihadista y siguen teniendo una actitud ambigua. Ankara es sospechosa de proporcionar apoyo al Estado Islámico, pasivo (como en Kobane cuando el ejército turco se quedó inmóvil y no apoyó a los kurdos sirios) o activo (mediante la transferencia de armas y flujo de combatientes). Doha, mientras tanto, se dice que ha financiado a algunos elementos del DAESH.

En conclusión

La longevidad del Estado Islámico a pesar de la prolongada campaña de bombardeos ha provocado una gran preocupación entre las más altas esferas de toma de decisiones occidentales, especialmente en aquellas que, de una manera un poco ingenua, pensaban que estaban luchando contra una organización terrorista «clásica». En junio de 2015 en un fórum en Doha, el mismísimo general Allen reconoció que la batalla podría llevar una generación o más. En el primer semestre de 2015, de acuerdo con fuentes fiables, el reclutamiento de yihadistas aumentó de 10.000 a 30.000 tanto en Iraq como en Siria. Un aumento como este no es benigno: es prueba de la fuerza del proyecto político del Estado Islámico y de su capacidad de movilización y regeneración. Más aún, si la solución sigue siendo irrevocablemente política a la larga, de seguro que no será la que desea Occidente. Durante más de una década, los sunníes árabes de Iraq han sido marginados en todo lo relativo a su futuro y la crisis de representación que les afecta es profunda, si no completamente irreversible. Golpeados por medidas que consideraban injustas, no tienen esperanza real de que a día de hoy pueda cambiar la situación, especialmente cuando Bagdad utiliza milicias chiíes para «liberarles».

La clave de cualquier salida de la crisis actual es la formación de un liderazgo sunní árabe legítimo que ofrezca un sustituto tanto al Estado Islámico como al chiismo predominante en Iraq. De momento, los sunníes árabes todavía no han podido decir quién les representa y quién es legítimo. ¿Nacionalistas? ¿Baazistas? ¿Islamistas como los Hermanos Musulmanes? ¿Yihadistas? Ya no parecen estar interesados en apaciguar las relaciones con Bagdad y Damasco; por el contrario, parecen estar en plena secesión, lo que, con o sin el DAESH, continuará obligando por lo tanto a la comunidad internacional a repensar totalmente su estrategia y su visión.

BIOGRAFÍA DE LA AUTORA

Myriam Benraad es investigadora sobre Iraq y Oriente Medio en el Centre for International Research (CERI-Sciences Po), el Institut de Recherches et d'Etudes sur le Monde Arabe et Musulman (IREMAM, Instituto para la Investigación y los Estudios sobre el Mundo Árabe y Musulmán) y la Fondation pour la Recherche Stratégique (FRS, Fundación para la Investigación Estratégica). Es autora de *Iraq, the Revenge of History: From Foreign Occupation to the Islamic State* [Iraq, la venganza de la historia: de la ocupación extranjera al Estado Islámico] (París: Vendémiaire, 2015) e *Iraq: From Babylon to the Islamic State. Received Ideas on a Complex Nation* [Iraq: de Babilonia al Estado Islámico. Prejuicios sobre una nación compleja] (París: Cavalier Bleu, 2015).

TRADUCCIÓN

AEIOU – Traductores (Inglés).

RESUMEN

La marginación de los sunnís de Iraq de la vida política nacional a partir de 2003 creó las condiciones para su radicalización y la expansión de DAESH. El predominio chií en Bagdad y el gobierno excluyente de Nuri al-Maliki son la causa del descontento de la población sunní, algo que DAESH aprovecha para abastecer sus filas. No obstante, las razones de los sunnís para adherirse a Estado Islámico son diversas: desde la pertenencia ideológica hasta la falta de alternativas que los representen. ¿Cómo lograr que estos actores sunnís abandonen su alianza con DAESH y se reincorporen al proceso político iraquí? Es necesario identificar y potenciar un liderazgo legítimo.

PALABRAS CLAVE

Iraq, sunnís, DAESH, secesión, reconciliación política.

ABSTRACT

The marginalisation of Iraq's Sunni population from national political life from 2003 onwards created the conditions for their radicalisation and for the expansion of Daesh. Shiite predominance in Baghdad and the exclusionary government of Nuri al-Maliki are the causes of the Sunni population's discontent, something which Daesh takes advantage of to supply its ranks. However, the reasons for Sunnis joining Islamic State are diverse and range from a sense of ideological belonging to the lack of alternatives to represent them. How do we get these Sunni groups to abandon their alliance with Daesh and reintegrate into the Iraqi political process? A legitimate leadership must be identified and promoted.

KEYWORDS

Iraq, Sunnis, Daesh, secession, political reconciliation.

الملخص

أدى تهميش السنة في العراق من الحياة السياسية الوطنية، منذ سنة 2003، إلى خلق الظروف الملائمة لنزوعهم نحو التطرف و لتوسيع نفوذ داعش. و يرجع إستياء السنة إلى هيمنة الشيعة في بغداد و سلوك الإقصاء الذي نهجته حكومة نوري المالكي، و هو الأمر الذي إستغله داعش لكسب الأتباع. لكن الأسباب التي دفعت بالسنة إلى الإصطفاف إلى جانب داعش تبقى متنوعة، فهي تبدأ بالإنتماء الإيديولوجي و تنتهي عند غياب بدائل تمثلهم. كيف يمكن تحقيق تخلي هؤلاء الفاعلين السنة عن تحالفهم مع داعش و عودتهم إلى العملية السياسية العراقية؟ من الضروري تحديد و تعزيز قيادة شرعية.

الكلمات المفتاحية

العراق، السنة، داعش، الانفصال، المصالحة الوطنية.